

Desde la Torre

9/09/24

8

Los movimientos migratorios han sido siempre un tema de vital importancia en la política. La situación económica y social se ve afectada, en mayor o menor medida, por este factor poblacional. A la hora de organizar una ciudad se tiende a buscar su mayor beneficio, por tanto, hay que analizar cada situación para entender qué es lo más conveniente en cada momento. En pocas ocasiones es beneficiosa la emigración de los ciudadanos, la cuestión suele ser la inmigración, si acaso aporta riqueza (de cualquier tipo) a la ciudad o solo la desestabiliza. A esta cuestión utilitarista se le suman varios problemas morales: ¿se les negará la entrada a los inmigrantes que huyen de situaciones desfavorables cuando no sea beneficioso acogerles? ¿Se hará ciudadano solo al que tenga más recursos y formación? ¿Tienen derecho las naciones a prohibirle la entrada a algún ser humano?

Esta es una cuestión muy difícil y extensa que constituye uno de los problemas a los que se enfrenta Europa en la actualidad. Aunque no es algo exclusivo de Europa ni del presente: Tucídides nos habla del origen de los pueblos del Egeo, grupos de personas que se desplazaban buscando tierra fértil; también nos cuenta cómo se fortaleció Atenas gracias a la inmigración.

Queda claro que la utilidad de la inmigración depende de factores cambiantes de los que nos informan los especialistas. En este caso, surge una pregunta perenne: ¿es justo prohibir la entrada a los inmigrantes que solo buscan mejorar sus condiciones de vida?

Recientemente, el Papa Francisco aseguró que es pecado tratar de repeler la llegada de los inmigrantes. Esta es una de las posturas principales: como no hemos elegido donde nacemos ni somos responsables de todos los beneficios que esto conlleva, debemos aceptar a todo aquel que, habiendo crecido en una situación más desfavorable, desee tener las mismas comodidades y oportunidades que nosotros. Al fin y al cabo, si todos somos iguales y merecemos lo mismo por nuestra condición humana, no importa el lugar de procedencia ni la cultura: todos deben ser bienvenidos.

Por ahora, todos podríamos compartir esta forma de pensar, pero la postura que se le opone popularmente encuentra problemas en las condiciones bajo las que se aceptan estos principios. ¿Hasta qué punto es correcto que entren personas de forma ilegal que, supuestamente, tratan de sustituir nuestra cultura por la suya? Podemos no tener especial interés en nuestro país y sus costumbres, pero muchos ven nocivas las conductas religiosas de otras culturas que llaman “invasoras”, que, además, podrían promover conductas menos “civilizadas”. Por ello, esta postura plantea la siguiente pregunta: “¿Por qué deberíamos dejarles entrar en estos casos?”. Desde esta

perspectiva, podríamos ver válido negarnos cuando la inmigración suponga un peligro para nuestra seguridad y bienestar.

Pero, ¿tenemos derecho a la tierra? ¿Nos pertenece en algún sentido? Rousseau tendría clara su respuesta. Luego, ¿podemos considerar que hay seres humanos “ilegales”? Nuestra forma de ver el mundo no es la predilecta, tenemos que ayudar a la convivencia de las múltiples culturas para que el malestar social cese. Pero, si esto no funciona, ¿qué haremos con los inmigrantes que continúen segregándose a pesar de los intentos por la integración? Y ¿a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de integración?

Desde luego que no es una cuestión simple, pues encierra muchas dificultades y situaciones posibles; partimos de la base de que la mayoría de los que se oponen lo hacen por creer que esto perjudicará a su ciudad, asunto que tendríamos que examinar aislados de cualquier creencia personal y afiliación política o religiosa. En cualquier caso, es importante ser conscientes del mundo en el que vivimos y los problemas que podrían aparecer en él: en ocasiones es más útil plantear la pregunta que ofrecer una respuesta precipitada y en esto creo que todos podemos estar de acuerdo.